

EL ZAMORA

Criado desde niño en hogares de menores, con una madre poco dada a las convenciones sociales y a las obligaciones que demanda el rol materno, el Zamora fue, desde pequeño, un paria consuetudinario y un ser humano dotado, por circunstancias de la vida, de tanta libertad y desapego que, a poco andar por este mundo, optó por un camino torcido, errabundo y oscuro que lo llevó por rumbos de marginación y delincuencia.

Su primer hurto lo cometió a los diez años en un supermercado, cuando el nudo del hambre se asía a su estómago como un candado y lo invitaba a obtener el alimento fácil con manos rápidas y sigilosas.

Ya adolescente, se hizo adicto, primero, a la inhalación de solventes volátiles y, luego, a otras formas más elaboradas de alucinógenos como la marihuana, la cocaína y la pasta base.

Vivió con amigos, también drogadictos, en caletas, bajo los puentes y en rucos, y aprendió, así, a sobrevivir con lo esencial, en donde lo esencial era, desde el despunte del alba hasta lo profundo de la noche, un pan, un poco de agua para lavarse y un pito, una papelina o un porro, conforme la cantidad de monedas obtenidas desde la limosna o desde el bolsillo de un pantalón ajeno y distraído.

Pedro Lucio Pastor

A los diecinueve años fue padre de una niña prematura engendrada, esta, en una noche de juerga y drogas, sepa Dios en qué esquina, en qué pastizal o en qué colchoneta de amor urgente. La hija fue criada por la abuela materna ya que su madre cruzaba, de manera constante y al igual que el padre, por ambientes desdibujados por el vicio y la cofradía del hampa.

A los veintidós años el Zamora fue condenado a nueve años de prisión por un robo con violencia. En la cárcel, ocupó provechosamente el inmenso tiempo libre que le regalaba el encierro y se incorporó en talleres de oficio, y terminó su enseñanza básica y, luego, su educación media.

Mientras estudiaba en el colegio del penal, se hizo asiduo visitante de la biblioteca y comenzó a leer los libros de poesía que descansaban olvidados en sus anaqueles de madera. Así, conoció a Gabriela Mistral y la mayor parte de su obra. Fue tanta y extraña la afición que surgió en este hombre por la escritora viciuñense que se aprendió de memoria el poema "La tierra".

El día de su graduación de cuarto medio, realizada en el auditorium del penal, subió al escenario con la parrocha y el desgaire que le había dado su estirpe marginal y recitó, con una solemnidad admirable, este poema de la premio nobel.

Cumplida su condena de manera efectiva, “de pelo a pelo”, como le llaman en el argot delincuencial, el Zamora obtuvo su libertad y se fue a vivir a casa de una tía en el barrio Matadero. Luego, arrendó una pieza en un cité de la calle Diez de Julio y empezó a trabajar como ayudante en un puesto de verduras, en una feria del barrio Franklin.

Su cambio era sorprendente. Tranquilo en su actuar, afable en el trato y alejado por completo de la garra bestial de la droga, era como si una luz mesiánica lo hubiese apuntado desde lo alto y lo hubiera mandado al orden, a la prudencia, a las buenas costumbres y al respeto por las personas y las cosas.

Un día, sin embargo, dejó de ir a trabajar a la feria y se desapareció por completo del barrio donde vivía, dejando un mes de deuda por el cuarto que alquilaba. Alguien contó, semanas después, que lo había visto drogado y con ropaje andrajoso compartiendo con unos tipos de rostros adictos en un ruco de la avenida Departamental.

Era una vuelta atrás, un manotazo ineludible a su vida pasada que lo volvía a coger y lo traía, otra vez, a su andar criminal y a su derrotero despiadado.

Aunque había intentado torcer su destino irredento, una mala estrella que llevaba marcada en la frente lo señaló, desde niño, como un caminante

desalmado, sin estación final y sin posibilidad de enmendar el edicto radical de su ruina.

El Zamora murió a los treinta y ocho años, asesinado de cuarenta y dos puñaladas por otro drogadicto, una madrugada alcohólica y de desvarío. Cuarenta y dos puñaladas que terminaron con su andar peregrino por este mundo que se abría ante sus ojos como una posibilidad de obtenerlo todo fácilmente o de perderlo todo -su libertad y su anarquía- en una noche bacanal.

Su cuerpo destrozado y con mil suturas fue retirado desde el Servicio Médico Legal por su hija, quien, con la premura que demandaba la situación, depositó la humanidad violentada de su padre en un cajón y lo fue a sepultar a un cementerio en las afueras de la ciudad. A su funeral asistió muy poca gente: su hija, la tía que le dio hospedaje cuando salió de la cárcel, su profesora de la escuela penal, ya jubilada, y algunos pocos amigos, unos más lúcidos que otros. En el entierro, su hija leyó, a modo de triste despedida, el poema "La tierra" de Gabriela Mistral, y, luego, cuatro hombres de gris pusieron el ataúd en un nicho frío y desangelado, una tibia mañana de otoño.

Nadie nunca visitó al Zamora en su sepulcro. Nadie nunca llegó con una flor o una oración tardía. Con los años, su nombre se fue borrando de la lápida como su recuerdo, como su mala estrella, como su voz entonada y solemne recitando los versos de Gabriela.